

na; pues, siempre se verifica que el hombre tiene una religion, por un dio de la que y *cada cual á sus maneras* dá á Dios adoracion y culto, que es en sustancia todo lo que el Ser Supremo exige del hombre: debiéndose tener todo lo demas que en contra de esta doctrina se objete, por ridiculo é impertinente, propio solo de hombres extravagantes, aferados siempre en el intolerantismo religioso, que de ningun modo se puede sostener. Hé aquí, mis amados, los especiosos discursos de que se valen los impíos para seducir á los incautos, y retraerles de sus verdaderas creencias á fin de tenerles mejor dispuestos para conseguir sus depravados intentos. Discursos fundados en el aire, y que caen en tierra al simple contacto de la recta razon, con la facilidad que la luz ahuyenta las tinieblas. Discurran cuanto quieran los protestantes y mahometanos: digan los judíos y paganos cuanto les plazca; siempre será cierto que no puede haber mas que una religion verdadera y divina; y que esta única religion divina, y como tal verdadera, es la cristiana, católica apostólica romana: por consiguiente, nadie puede salvarse si á esta religion no pertenece. Mas claro: nadie que no sea cristiano, católico, apostólico, romano; ó lo que es lo mismo, ninguno que no tenga la fé que profesa la santa Iglesia católica, de la que es cabeza visible el romano Pontífice, y la invisible Jesucristo, puede entrar en el reino de los cielos. Ved ya, mis amados, descubierto el plan del presente discurso. Bien conoceis que es interesantísimo en sí mismo; estad, pues, con atencion.

Dije, cristianos, al principio de mi exordio que lástima daba oír hablar á algunos hombres en materias de religion, que no solo no entienden, sino que guiados de la soberbia, forman los mas descabellados discursos hasta el extremo de suponer en Dios un indiferentismo religioso, que repugna á su naturaleza divina. Repugna sí: porque siendo Dios, como es, infinitamente sábio, justo, veraz y santo, con todos los demas atributos que le son esenciales, es incompatible con sus perfecciones infinitas que el sea el autor de unas religiones marcadas con el indigno carácter del error, del absurdo y de la corrupcion, como sucede por ejemplo en la religion mahometana, que bajo cualquier aspecto que se la considere, no pasa de ser una ridicula compaginacion de fábulas descosidas, de delirios insensatos, de errores groseros y palpables mas ó menos disimulados, pero que siempre se descubre en ellos que su principal objeto es el goce del deleite carnal. Religion verdaderamente abominable, que rechaza todo hombre sensato, pues, no hay uno que deje de conocer, que la religion se-

gun su esencia y destino debe ser necesariamente la luz y la regla del hombre emanadas de su Criador para que con seguridad llegue al término por el mismo Dios prefijado. La verdad, como todo sabemos, es una é indivisible, eterna é invariable, y segun este principio eterno, es absolutamente imposible que Dios esencialmente indefectible, enseñe en un lugar como cierto, lo que en otro reprueba por falso. No: esta inconstancia no cabe en Dios. Y por mas que los sectarios del error se esfuerzen en persuadir lo contrario, no formarán prosélitos convictos, aunque sí, hallarán compañeros de maldad, que como ellos digan lo que no sienten; pero que aparentan sentir y creer, porque quisieran que así fuera, para no verse en la precision de renunciar á sus errores y reformar sus costumbres, ó tenerse que contar ellos mismos en el número de los desgraciados. Esta, esta es, mis amados, la verdadera causa de esas aberraciones monstruosas que mas de una vez observamos en muchos, *malamente* tenidos por literatos. Por lo demas ¿cómo podriais figuraros que ellos se persuadieran que era cierto lo que decian? ¿Pues qué, no conocen que las verdades que la religion enseña, ya sea en orden á la naturaleza de Dios, ó ya acerca del hombre y sus obligaciones, deben de ser las mismas en todas partes? Suponeis que los que de tan escandaloso modo hablan, ignoran que de dos religiones que en sus dogmas se opongan, hay que decir cuando menos, que una de las dos es falsa? Y la que falsa sea ¿cómo podrá merecer la aprobacion de Dios? De ningun modo; porque como infinitamente justo, no puede ser una misma cosa aprobada y reprobada por él, bajo un mismo concepto. Si tal no supieran los literatos indicados, no hay para que extrañar, mis amados, que ignorantes se les llame; y si esto mismo conocen y por sus fines particulares no quieren confesarlo, bien patente es su malicia. ¿Y los ignorantes ó maliciosos, que aprecio se merecen? Ninguno; pues he ahí como debeis conducirlos con los que intentáran apartaros de vuestras creencias religiosas.

Si para aclarar mas, mis amados, la denunciada verdad, habria de añadirse algo, seria el que en todas las partes del mundo forman la esencia del culto interior, segun que todos confiesan debe el hombre á Dios el amor, el reconocimiento, la confianza, la invocacion, la adoracion, y la sumision del espíritu y del corazón; y como el culto exterior tiene su fundamento en el interior, es claro, que debiera conformarse aquel con éste en todo el mundo, por la sencilla razon de que si así no fuera, podría fácilmente convertirse el exterior por un efecto de la ignorancia y depravacion de los hombres en un culto supersticioso y absurdo, ó en un culto impuro y criminal, ó en un culto bárbaro y feroz como por desgracia, nos enseña la historia, que ha tenido lugar en tantos y tantos pue-

blos, y con el que ciertamente de ningún modo puede ser honrado Dios. Recordemos sino por un momento, católicos, los graves extravíos en que incurrieron los paganos de los primitivos tiempos. ¿No es cierto que á pretexto de religion empapaban sus manos en la sangre de sus semejantes, inmolándoles en horrendos y detestables sacrificios? ¿No traspasaban todos los límites del pudor y se entregaban á las mas espantosas abominaciones con la esperanza de tener en su favor á una divinidad hedionda? Los caldeos, los egipcios, los griegos y los romanos ¿á qué clase de supersticiones dejaron de abandonarse? ¿Que escesos por horribles y repugnantes que fueran, no cometieron? ¿Y habrá quien pueda persuadirse, que se honra á Dios con un culto que destruye, en cuanto puede, sus divinas perfecciones? ¿Se creará que un Ser perfectísimo pueda complacerse en mirar sacrificios crueles y ceremonias tan sacrilegas, recompensando á su vez á los hombres que se entregan á acciones tan infames. ¿Podria Dios autorizar y mandar estos desórdenes, sin hacerse cómplice en ellos? No por cierto: Luego no es Dios quien los manda; luego la religion que los preceptua, no emana de Dios: es, pues, falsa, y como tal despreciable. Así es, mis amados.

Una verdad de gran bulto, se desprende de las aducidas razones, y es, que los hombres abandonados á sí mismos no son apropósito para elegir los medios conducentes al fin para que fueron criados, y así aparece evidenciado desde los tiempos mas remotos. Sócrates, Platon y los demas filósofos de la antigüedad, cuya sabiduría tanto se celebra, cayeron, como miserables, en los mayores delirios cuando trataron de religion. ¡Qué opiniones tan extravagantes! ¡Cuántas contradicciones, cuando esplicaron á su modo la divinidad! Para una vez que hablaran bien de las perfecciones de Dios, blasfemaron mil y mil veces de las perfecciones mismas.

Convénzanse para siempre los que dudar intentaran de las verdades ya sentadas, que no habiendo como no hay, ni puede haber mas que un Dios verdadero, así tampoco hay ni puede haber mas que una sola religion verdadera, por cuyo medio nós unimos á aquel Señor que nos crió para sí; y que conforme á su justicia, sabiduría y bondad, marcó una sola seuda que á su intentado fin nos condujera á todos, puesto que con un solo fin á todos nos dió el ser. La dificultad que, en un caso, podria tener el hombre, estaria en acertar con cual de entre las religiones que se dicen reveladas por Dios, era la verdadera. Para de esta duda salir, para acertar en tan importante asunto, es de absoluta necesidad no apartarnos un ápice del convencimiento que tenemos de las perfecciones de nuestro Criador; y este mismo convencimiento nos guiará como por la mano hasta el punto en que todos unánimemente confesemos que la reli-

gion cristiana es la única verdadera, *Religio munda, et immaculata apud Deum et patrem, hec est.* Con efecto; mis amados.

Dios es infinitamente sábio, veraz y santo; sábia, santa y verdadera debe ser necesariamente la religion que ha revelado á los hombres; porque perfectas son todas las obras de Dios; por consiguiente, aquella religion que reúna los indicados caracteres, esa será infaliblemente la única revelada por Dios. Hemos considerado la mahometana, la pagana y la hebrea, y hallamos que solo esta llena nuestro espíritu y satisface nuestro corazon, porque sola ella está adornada de signos inequívocos de la divinidad. Y si no ¿cuál de las otras religiones tiene, como esta, impreso el sello de Dios en señal de aprobacion? ¿Será la pagana con sus bárbaros y detestables sacrificios? No. ¿Lo será la mahometana con sus absurdos y obscenidades? Tampoco. Sola la religion hebrea es la que cuenta con verdaderas profecías y milagros en su favor; y sabido es, que como solo Dios puede hacerlos, sola la religion que en signo de su veracidad los tenga, es la verdadera; porque Dios infinitamente santo, justo y veraz, solo puede suspender ú obrar contra las leyes de la naturaleza, que Él mismo prefijó, en confirmacion de lo cierto, nunca de lo falso; porque si, *por imposible*, tal sucediera, los errores de los hombres habrian de refundirse en Dios mismo, y esto repugna no solo á la sana razon, sino que hasta los oidos se resisten á escuchar tan absurdas suposiciones. Que solo Dios pueda hacer milagros, es tan evidente por sí solo, que nadie puede dudar siquiera de esta verdad eterna; porque no puede darse quien ignore que solo Dios es el Criador, y absoluto Señor de la naturaleza, y solo á él tiene esta que obedecer. Reunánse sino cuantos hombres quieran, y acuerden suspender la verdura de los prados, la aparicion de la langosta, la sucesion de las estaciones, el curso de los astros, y en fin, cuanto bien les venga, ó tengan gusto de hacer en este orden. ¿Y qué adelantaran? Quedar hechos el blanco de la irrision de cuantos sensatos tuvieran noticia de tan desacertados proyectos. ¿Y por qué? Porque todos sabemos que las fuerzas y conato de todos los hombres son insuficientes para invertir el orden que Dios estableció en la naturaleza. Si: solo el Ser Supremo tiene el poder de calmar instantáneamente las mas furiosas tempestades y amansar en el momento los vientos mas impetuosos; la facultad de restituir *si así lo quiere*, la vida á los muertos, ó la salud repentinamente á los enfermos, porque todo esto y mucho mas es inherente á su infinito poder.

Al decir, mis amados, que solo Dios puede hacer milagros, no queráis por esto desconocer la facilidad que le es propia, de valerse del hombre para efectuarlos, si así le place. De lo que si habeis de persua-

diros firmemente es, de que bien sea que Dios haga milagros por sí mismo, bien que los realice valiéndose del hombre como de instrumento, siempre y por siempre será cierto que solo se hacen en comprobacion de la verdad. La razon es bien sencilla: si Dios facultara á un hombre para disponer á su antojo de las leyes prefijadas á la naturaleza, y este hombre abusando de su extraordinario poder, quisiera emplearle en mal del género humano, marcando con el sello de la divinidad lo que solo fuera una mentira: ¿á quién sino á Dios habrian de imputárseles los daños que se siguieran? ¿El que es causa de la causa; no es causa de lo causado? Sí por cierto. ¿Pero podrá suponerse en Dios tan indigno consentimiento? No: y mil veces no. Resulta, pues, de todo esto, mis amados, corroborada mas y mas la enunciada verdad, esto es, que sola la religion que cuente en su favor verdaderos milagros y profecias es la verdadera. De cuantas religiones ha habido y hay, únicamente la hebrea, y ahora la cristiana implantada en aquella, es la que está adornada de estos caracteres infalibles; es, pues, forzoso confesar que sola esta es la verdadera. Así es, católicos.

Despreciad los discursos de los impíos, si acaso algunos intentaran persuadiros de que los adoradores de otras religiones cuentan también con milagros. No los creais, esto es, no creais que los milagros de que se glorian, los sujeten á análisis como nosotros, que ni aun remotamente calificamos de imperfeccion el querer descubrir las bases de la religion, antes bien invitamos, á todos á que la examinen con la crítica mas rigurosa, en cuanto tenga relacion con sus fundamentos. ¿Lo hacen así los que la religion cristiana no profesan? No: Observad sino lo que pasa en la religion mahometana. Un alfange es la enseña de sus discusiones religiosas, es decir, cortan la cabeza al que propone alguna duda acerca de su religion.

Molesto por demas me haria, si yo emprendiera patentizaros los años de que la impiedad se ha valido en todos tiempos, para debilitar, si pudiera, los cimientos solidísimos en que nuestra fé descansa. Quisieran que nada misterioso encerrara, y que cuantas verdades nos propone, estuvieran á nuestro alcance. ¡Infelices! Ni aun conocen siquiera que piden un imposible. Dios es infinito, inmenso; el hombre finito y limitado. ¿Cómo, pues, ha de comprender el hombre á Dios como es en sí? Le conoce por sus efectos, y esto basta. Lo mismo puede decirse de las verdades que de Dios emanan. Toda vez que nos consta que Dios las ha revelado, no cumple otra cosa á nosotros mas que hacer el debido homenaje de sumision y respeto, creyendo firmemente cuanto Dios nos dice, sin meternos á averiguar el cómo y porqué así nos lo manda. Para confusion del hombre

soberbio se presentan á cada paso miles de ocasiones en que tiene precisamente que reconocer su pequenez. ¿Quién, de cuantos hombres ha habido y hay, ha conocido la verdadera causa del flujo y reflujo del mar, de la atraccion y repulsion de los cuerpos, y señaladamente del iman? Nadie. ¿Y hay quien quiera subir hasta el trono del Altísimo para averiguar sus juicios y secretos? No es esto, por lo menos, una locura? Locos por cierto son de mal género, los que repugnan la religion cristiana, solo porque no comprenden los misterios que propone como artículos de fé.

Si recta intencion tuvieran, si de buena voluntad obraran, verian bien pronto que todo cuanto contiene el antiguo y nuevo Testamento en materia de religion no ha podido ser producto de los hombres, sino solo del que nos crió. Allí verian el enlace maravilloso que á primera vista se percibe entre unos y otros libros. Verian que la ley antigua fué figura de la nueva, y que todo se cumplió en esta, segun se habia figurado en aquella. Verian, y admirarian, como nosotros los católicos vemos y admiramos, la providencia de Dios, tan solícita siempre en manifestar al hombre la senda que al cielo conduce, y el Redentor á quien debiera toda su felicidad. El patriarca Jacob, que vivia mil ochocientos años antes que Jesucristo viniera al mundo, dijo espresamente aludiendo al Mesias (1). «El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y este será la esperanza de las naciones.» Daniel, príncipe de la familia real de Judá, que vivia seiscientos años antes de Jesucristo, dice entre otras cosas en el capítulo IX. «Sábet, pues, y nota atentamente que saldrá la orden (2) para que sea reedificada Jerusalem. Y despues de sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo: y no será mas suyo el pueblo, el cual le negará... Y el Cristo afirmará su nueva alianza en una semana con muchos...» Miqueas, que vivió en el reinado de Ezequias, rey de Judá, seiscientos años antes de Jesucristo, hablando de Jerusalem, ciudad de injusticias, vaticina su ruina, pero consuela á la vez á sus moradores con la promesa del nacimiento del Mesias en Belen. «Tú ahora serás, decía, (3) destruida, ciudad de ladrones. Los enemigos nos sitiarán; herirán con vara la megilla del juez ó rey de Israel. Y tú, ó Bethel (llamada tambien Efrata,) tú eres pequeña respecto de las principales ciudades de Judá; pero de tí me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué en

(1) *Gen., cap. 49, v. X.*

(2) *V. XXV y siguientes.*

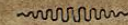
(3) *Cap. 5, v. I y II.*

gendrado desde el principio, desde los días de la eternidad.» El profeta Zacarías, que vivió en tiempo de Zorobabel, príncipe de Judá, quinientos años antes de Jesucristo, anunció la entrada triunfante del Mesías en Jerusalem de este modo: «Regocíjate (1), oh hija de Sion, salta de júbilo, oh hija de Jerusalem: hé aquí que á tí te vendrá tu rey, el justo, el Salvador; él vendrá pobre y montado en una asna y un pollino... Y tú mismo, ó Salvador, mediante la sangre de tu testamento has hecho salir á los tuyos, que se hallaban cautivos, del lago en que no hay agua.»

El profeta Isaías, que vivió setecientos cincuenta años antes de Jesucristo, después de hablar en el capítulo 52 de la redención del género humano, simbolizada en la libertad que por medio de Ciro concedió Dios al pueblo de Israel cautivo en Babilonia, vaticina en el capítulo 53 la pasión y muerte del Mesías de tan admirable modo que mas bien parece referencia de un testigo ocular, que predicción. Bien que ¿á que extrañar que así sea, constándonos como nos consta que los profetas hablaron por inspiración de Dios que vé y comprende lo futuro del mismo modo, que lo pasado y presente, sin que pueda dejar de verlo y comprenderlo así por escluir su naturaleza divina los tiempos? Si, mis amados, todas las profecías del antiguo Testamento que hacian relacion al Mesías prometido desde el principio de los tiempos, se cumplieron en Nuestro Redentor Jesus tan clara y terminantemente, que los mismos enemigos del cristianismo se ven precisados á confesarlo. Demos, pues, incesantes gracias á nuestro Dios y Señor por haber dispuesto las cosas de modo que correspondamos á la única religion verdadera, que es la cristiana, Católica, Apostólica, Romana. Empero, no olvidemos, que para ser buenos cristianos no es bastante profesar la religion con sola la boca; es indispensable que el arreglo de nuestra vida y costumbres sea tal, cual prescrito está en la divina ley. Si así lo hacemos, si así vivimos, moriremos tambien en gracia para después gozar de la gloria. Amen.

(1) Cap. 9, v. IX y siguientes.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO.



EVANGELIO DEL DIA.

S. Lucas, cap. 21, v. XXV, hasta XXXIII.

Como san Juan estando en la cárcel, donde le tenia Herodes, oyese las maravillosas obras de Cristo, envió dos de sus discípulos, para que le preguntasen; ¿erés tú el que ha de venir á salvar el mundo, ó hemos de esperar otro? Jesus, respondiendo, les dijo: id, y contad á Juan lo que oísteis y visteis; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres, y bienaventurado el que no se escandaliza de lo que vé en mí. Mas luego que se fueron estos discípulos de Juan, comenzó á hablar de este al pueblo, diciendo: ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿una caña agitada de los vientos? ¿Qué salisteis á ver en Juan? ¿un hombre vestido de lujo? Vosotros sabéis, que los que así visten están en los palacios de los reyes: Mas: ¿qué salisteis á ver? ¿á un profeta? Tambien lo digo yo: y aun mas que profeta. El es de quien está escrito; hé aquí que yo envío á mi ángel delante de tí que te prepara el camino por donde has de andar.